

tarea de edificar la Obra que Dios le había confiado.

Os pido a todos que recéis por la pronta realización de este proyecto. *Saxum* se propone dar a conocer a las personas que viajen a Tierra Santa por motivos religiosos o turísticos, las grandes riquezas espirituales de los lugares santificados por la presencia física de Nuestro Señor. Deseamos que sea un instrumento para que peregrinos, turistas, etc., puedan tener en su vida la ocasión de una conversión espiritual.

La Providencia ha hecho que los edificios en construcción surjan precisamente a lo largo del camino de Emaús; el mismo que Jesús recorrió el día de la resurrección, en busca de los dos discípulos que se habían desanimado y volvían a la «periferia» de la que habían sido rescatados por la llamada del Señor.

Creo que ha llegado el momento de terminar. Agradezco vuestra paciencia y atención. Os pido que recéis por mí y por esos apostolados de los fieles de la prelatura del Opus Dei; pero especialmente os pido que recéis siempre por la persona e intenciones del Santo Padre. Gracias.

En la presentación del libro *Álvaro del Portillo. Un uomo fedele*, Roma (18-IX-2014)

*Eminencia, queridos relatores,
queridos amigos:*

La presentación de la biografía del próximo beato Mons. Álvaro del Portillo, escrita por don Javier Medina, tiene lugar pocos días antes de su beatificación en Madrid, su ciudad natal. No puedo esconder la emoción de este momento, que me trae a la memoria tantos recuerdos de un pastor bueno y fiel, que supo amar a la Iglesia y a las almas con todo el corazón: un corazón que, siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo, se ensanchaba siempre más y más.

La cercanía del 27 de septiembre, reabre una pregunta: ¿cuál es el sentido, la importancia de una beatificación o de una canonización? El Papa Francisco, refiriéndose a los santos, responde así: «El Señor elige a algunas personas para hacer ver mejor la santidad, para hacer ver que Él es quien santifica [...]». Ésta es la primera regla de la santidad: es necesario que Cristo crezca y que nosotros disminuyamos» (Homilía, 9-V-2014).

Esta es la misión a la que ha sido llamada la Iglesia: conducir al Cielo a quienes engendró a una vida nueva en el Bautismo, por la acción del Espíritu Santo. Por eso, toda beatificación es ocasión de fiesta para el Pueblo de Dios. Al acercarse el momento en que don Álvaro será contado en el número de los bienaventurados, resulta muy lógico que nuestra alegría se manifieste en gratitud a Dios, de quien procede toda santidad.

Una beatificación no se puede reducir a la celebración de una persona, sino que es, sobre todo, una oca-

sión de alabar a Dios, de darle gloria, y de agradecer sus dones. Es también una oportunidad de conversión para cada uno de nosotros: un recordatorio del deseo de que Cristo crezca y nuestro yo disminuya.

El venerable Álvaro del Portillo fue, ciertamente, un hombre, un sacerdote y un obispo al que Dios concedió dotes humanas y sobrenaturales de primera categoría; sin embargo puedo dar fe de que su existencia se desarrolló en un clima de vida ordinaria, afrontada con una fidelidad fuerte y alegre. Nunca pretendió brillar con luz propia, sino que —en todo momento— procuró reflejar la luz divina siguiendo lealmente el espíritu que aprendió de la palabra y del ejemplo de san Josemaría, el fundador del Opus Dei. Don Álvaro se santificó, con la gracia de Dios y con su correspondencia generosa, poniendo en práctica de modo extraordinario la vida cristiana ordinaria.

Su beatificación nos recuerda —y aquí reside el significado de este acto de la Iglesia— que la santidad es asequible a todos los bautizados, si correspondemos con generosidad a la gracia de Dios. La vocación cristiana impulsa a la identificación con Cristo, cada uno en las circunstancias propias de su estado y condición. Y requiere esforzarse por llevar la Cruz todos los días. Para la gran mayoría de las personas, se trata de una cruz ordinaria, que han de portar con gozo en el seno de la familia, en el ambiente social y deportivo, en la salud y en la enfermedad, en el trabajo y en el

descanso. No se trata, por tanto, de realizar acciones extraordinarias, ni de poseer carismas excepcionales; consiste —siguiendo el ejemplo del Maestro— en saber recibir cotidianamente lo que cueste.

El ejemplo de los santos y de los beatos suscita en nosotros el deseo de ser como ellos, de pertenecer para siempre a la gran familia de Dios, muy cerca de Jesús y de la Virgen María. Como escribía el Card. Joseph Ratzinger, «ser santo no comporta ser superior a los demás [...] La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar obrar al Otro, el Único que puede hacer realmente que este mundo sea bueno y feliz» (6-X-2002).

Hoy deseo agradecer de modo particular por sus ponencias, a su eminencia el cardenal Francesco Monterisi, al padre Antonio Maria Sicari —que tantos libros nos ha regalado sobre los santos y la santidad— y a las profesoras Emma Fattorini y Maria Vittoria Marini Clarelli. Un agradecimiento especial también para el autor del libro y para el Dr. Cesare Cavalleri y todos los amigos de Ares, editores del libro.

Mientras escuchamos sus reflexiones, unámonos a las intenciones del Santo Padre Francisco. Sugiero a todos que, en este rato de presentación, pidamos de modo especial la intercesión del próximo beato Álvaro para que todos los católicos sepamos vivir unidos al Papa, en unidad de co-

razones y de intenciones, por el bien de la Iglesia.

En la inauguración del año académico, Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma (7-X-2014)

Eminencia Reverendísima, Excelencia, profesores, colaboradores, estudiantes, señoras y señores:

Participamos en esta inauguración del año académico, que la Providencia hace coincidir con la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, al día siguiente del aniversario de la canonización de san Josemaría y pocos días después de la beatificación de monseñor Álvaro del Portillo, que ha tenido lugar, como sabéis, el 27 de septiembre. Una coincidencia muy significativa, ya que el nuevo beato fue el primer gran canciller de nuestra Universidad. Fue él, de hecho, quien promovió su creación y apoyó su desarrollo, impulsado por el gran afecto a la universidad que san Josemaría le había transmitido como parte de su apasionado amor por el mundo.

Damos gracias a la Santísima Trinidad por habernos dado a don Álvaro, a quien agradecemos sus esfuerzos por dar vida a aquel Centro Académico Romano que, creciendo poco a poco, se ha convertido en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. Ha sido el fruto de una prolongada acción de fidelidad filial

al fundador del Opus Dei, que ya desde muchos años antes quería implementar este proyecto.

Siguiendo esa línea, y con profunda perspectiva, el beato Álvaro del Portillo consideró que había llegado el momento de la creación de esta universidad eclesial en Roma, pensando en el servicio a las iglesias particulares y a las almas.

La cercanía con Dios dilata el corazón del hombre, haciéndole capaz de «que quepan todos y todo en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús»¹. Cuanto más crece la identificación con Cristo por obra de la gracia, tanto más el cristiano mira al mundo con los ojos de Dios, origen y fin de toda la creación, tratando de ver a cada uno y cada cosa tal como el Señor nos ve.

El beato Álvaro, en 1992, recordando las enseñanzas de san Josemaría, decía: «la luz de la Revelación, enteramente aceptada mediante la fe, no elimina ni disminuye la legítima autonomía de cada una de las ciencias, les confiere, por el contrario, algo que no alcanzan por sí solas: la capacidad de servir acabadamente, en su más hondo sentido, a la plenitud de la humanidad. La verdad es el objeto de la tarea específica del universitario, que ha de investigarla con el deseo de conocer más profundamente la realidad y que debe amarla como un ideal que compromete su propia vida, sin dejarse influenciar por ambientes poco propicios a aceptar las

1. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 764